

MEDITACIÓN

Adviento: abramos el corazón a Jesús que llama

ECCLESIA

29_11_2020

**Raymond L.
Burke***



El tiempo de Adviento es, sobre todo, una temporada de purificación. Las palabras de san Juan Bautista -el santo de auténtico sentido- que expresan su misión en el mundo, en el tiempo de Adviento: “¡Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos!” San Juan Bautista preparó el camino a la venida del Señor y también las cuatro semanas de Adviento son nuestra preparación para la bienvenida al Señor en nuestras vidas ahora, para que esa bienvenida final y plena en el día de su venida en la gloria.



La preparación a la venida del Señor realizada por san Juan Bautista llevó a su plenitud cuatro mil años de preparación para la venida del Mesías, el Ungido del Señor por el Pueblo de Dios. Esta larga preparación comenzó con la culpa original de Adán y Eva, y la promesa de Dios al Salvador: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo: ella te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar” (Gn 3,15). Durante las semanas de Adviento nos unimos a nuestros hermanos del Pueblo de Dios que han esperado y anhelado la llegada del Mesías, el Salvador. En la Sagrada Liturgia escuchamos la palabra de Dios, que se nos ha dado a través de los Profetas, con la que Dios Padre inspiró y alimentó la esperanza de su Pueblo que esperaba hasta el día de la Encarnación de Dios Hijo para nuestra salvación eterna, la Encarnación redentora.

Durante el tiempo de Adviento, unámonos de manera muy especial a la Santísima Virgen María, la flor más perfecta del Pueblo de Dios, a quien Dios preparó desde su concepción para recibir al Mesías en su seno llegado el momento. Pidamos su intercesión para que podamos imitar su pureza de corazón, haciendo que nuestros corazones estén cada vez más dispuestos a recibir a Cristo en su venida a nuestra vida, especialmente por la Santísima Eucaristía, el Pan Celestial que es verdaderamente su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Cristo llama a las puertas de nuestros corazones

Dom Prosper Guéranger, O.S.B., el renombrado comentarista de la Sagrada Liturgia que vivió en el siglo XIX, escribe estas palabras sobre el tiempo de Adviento:

«En los días de Adviento, el Salvador llama a la puerta de todas las almas, de una manera que a veces es sensible y a veces escondida. Viene a preguntar hay espacio para Él, para que pueda nacer en ellas. Pero aunque la casa que pide es suya, ya que la construyó y la conserva, se ha quejado de que su pueblo no ha querido recibirle (Jn 1,11), al menos en su mayoría.

“A los que lo recibieron les concedió el poder de hacerse hijos de Dios, y no hijos de carne y sangre” (ibíd. 12, 13)». (Prosper Guéranger, *El año litúrgico*, Vol. 1, Adviento y Navidad, tr. P. Graziani [Alba (Cúneo): Ediciones Paulinas, 1956), p. 41).

El Adviento es realmente un tiempo de gracias fuertes para la purificación y la dilatación de nuestros corazones para acoger más plenamente al Señor Jesús en nuestras vidas.

La descripción de Dom Guéranger del Adviento nos recuerda la visión de san Juan Apóstol y Evangelista, en la que el Señor habla a las siete Iglesias de Asia Menor de su venida al final de los tiempos. El Señor exhorta a sus hijos a arrepentirse de sus pecados y a reavivar su amor por Él en sus corazones. Sí, las palabras del Señor generan naturalmente miedo, lo que la Iglesia llama el santo temor o el temor de Dios. Es un miedo que nos despierta a reconocer que vivimos como si Jesús no hubiera venido al mundo y a nuestros corazones, y que nos impulsa a tomar el camino de la reforma de nuestra forma de vida. No es un miedo que nos lleve a la desesperación, porque el mismo Señor nos lo asegura:

“He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, iré a él y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20).

El Señor siempre llama a la puerta del corazón, a veces de forma dramática, pero siempre de la forma habitual por la que viene a nosotros en la Iglesia, buscando nuestro amor, deseando establecer su morada con nosotros.

Purificando nuestros corazones para recibir al Señor

La práctica de la penitencia y, sobre todo, de la confesión de nuestros pecados y su absolución por la gracia de Dios en el Sacramento de la Penitencia están en el corazón de nuestra preparación para el Adviento. ¿Cómo podemos preparar mejor los caminos del Señor a nuestro corazón que rezando con mayor fervor y poniendo en práctica actos de mortificación para que el Señor libere nuestras mentes de distracciones y nuestros corazones de afectos equivocados?

Nuestra oración y penitencia durante el tiempo de Adviento alcanza su plenitud y, al mismo tiempo, se sostiene gracias a nuestro encuentro frecuente con el Señor en el Sacramento de la Penitencia. Al confesar nuestros pecados, ya sean grandes o pequeños, purificamos y expandimos nuestros corazones para que Cristo pueda

establecer su morada más plenamente en nosotros y con nosotros. Con la absolución de nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia, Nuestro Señor viene a nuestro encuentro y habita con nosotros, ayudándonos a abrazar la obra de la reparación, para que su misericordia y su amor se arraiguen cada vez más profundamente en nuestros corazones.

Para una buena y sincera confesión de nuestros pecados, por lo tanto, la persona “debe confesar al sacerdote todos los pecados graves que aún no ha confesado y que recuerda después de un cuidadoso examen de conciencia” (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1493). Esta confesión tiene que ser integral, en el sentido de que los pecados graves deben ser confesados según su especie y número. Si no fuera así, no podríamos enfrentarnos honestamente a nuestra culpa y buscar el perdón de todos los pecados de los que somos conscientes.

No estamos obligados a confesar los pecados veniales, pero es bueno hacerlo, porque incluso las pequeñas faltas inhiben el reino total de Cristo en nuestros corazones. No ser conscientes de nuestros pecados veniales puede llevarnos fácilmente a pecados más graves. “Aunque no es necesaria en sí misma, la confesión de los pecados veniales es, sin embargo, muy recomendada por la Iglesia” (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1493).

Conclusión

Cristo viene a llamar a la puerta de nuestro corazón cada día y en cada momento de cada día. Desea hacer Su hogar con nosotros para siempre. Recibamos las grandes gracias del tiempo de Adviento en el que entramos, para que nuestros oídos estén dispuestos a escuchar la llamada de Cristo y nuestras mentes y corazones estén disciplinados para darle una bienvenida más sincera y completa en nuestras vidas.